

ADOLFO GOMEZ LASA

TUCIDIDES Y LA HISTORIA POLITICA

Toda cultura —y damos a este término una acepción tan amplia como la de W. Jaeger en su *Paideia*— tiende, en última instancia, a la creación de un tipo de hombre consciente de su destino y su realización. En tal sentido las distintas ramas de la cultura griega confluyen en un ideal común: la estructuración “racional e integral” de la Polis y el cumplimiento de su elevada finalidad. La ardua empresa de buscar las leyes y valores eternos, que es la existencia misma del gran pueblo, se desarrolló en los más variados medios y circunstancias, en el seno de una revolución secular plena de encontradas antítesis, aunque todas ellas en pugna, precisamente, hacia el logro de esas leyes universales que rigen al ser, para organizar la vida a su diapasón. El factor vital que condiciona el osado vuelo del espíritu no es otro que una contienda endémica; Heráclito lo había intuido y hallado su justificación en el plano cósmico.

El sintético programa que esbozamos a continuación de la Filosofía y el mito, tiene una evidente importancia para la intelección de la Historia Política y del pensamiento griego en general.

En los dominios de la “investigación histórica” se plantea una cuestión esencial, insoluble hasta hoy aun cuando se le haya dado distintas respuestas. ¿Cuál fué el mundo de la realidad que primariamente se ofreció a la Filosofía? ¿El mundo exterior o el interno? A mi entender, ambos procesos concluyeron por fundirse con extraordinaria rapidez. Pero no es menos cierto, si nos aplicamos, con un mediano conocimiento de la psicología (mundo ingenuo), al análisis del asunto, que es imposible hacer del alma la inmediata preocupación metafísica, ya que ella se nos da a la manera de una “actualidad” natural, espontánea, identificada con nuestro yo: mejor dicho, se nos da con el yo propio, como ese “yo” que nada de extraordinario se presenta a sí mismo. Por consiguiente, y porque el filosofar encuentra su raíz en un sentimiento de admiración respecto a un fenómeno extraño a este “yo” (téngase en cuenta de que nos referimos al comienzo, del cual no tenemos noticia histórica alguna), es el gran espectáculo del universo quien se ofrece primeramente a modo de un arcano de oscuro sentido y maravillosa multiplicidad. Así debe haber acontecido entre los griegos, y estando

forzosamente frente a una imposibilidad material de fundamentar en sí mismo el Macrocosmos, este genio helénico halló la solución en dos expresiones que terminaron en una: 1) divinizar la Naturaleza; pero como los distintos aspectos de ésta se desarrollaban en alternativas de vida y muerte, 2) situar el último basamento en un orden universal reflejo del social imperante, orden permanente que intuyeron respondiendo al físico de su particular pathos espiritual. Con lo cual se constituyó una mitología cosmogónica que tenía tanto de racional, como místico y légal. La mitología homérica es un claro ejemplo y es, conjuntamente, el principio de una orientación que dominó íntegramente el sentido de la cultura griega y que, sin duda alguna, debía desembocar en el problema objetivo del alma.

El orden social en un reflejo cósmico, el planteamiento de la justicia divina y el ulterior descubrimiento del alma con sus ricas posibilidades, forman el estrato más profundo y vital de la Historia Política. Y lo decimos, porque ésta, al racionalizar sus métodos y postulados, ha de aceptar o rechazar uno de estos tres aspectos o, más propiamente, una de estas tres verdades tradicionales.

El mito es la síntesis de la evolución espiritual griega, y sus altos y bajos son los altos y bajos de la cultura en su lucha por alcanzar una plena verdad normativa. El mito desempeña una función necesariamente educadora a la vez que creadora; y en Homero es donde consigue su pristina y más apropiada exteriorización. Encerrado en el olímpico Edén y en la areté heroica —en la Iliada consignando lo trágico heroico y en la Odisea el dilema de la justicia— no es otra cosa que un facsímil fidedigno de la legalidad social reinante, la oscuridad respecto a una lógica universal y de ciertos postulados puramente intuitivos. Huelga explicar que tales factores se perfilaban en la conciencia de una raza abierta al infinito y la belleza. Y para abreviar, concluyamos en que en su intimidad humana, el Olimpo y la epopeya (metáforas del problema cósmico que abarca los puros sentimientos vitales de lo humano) son una racionalización emotiva del Macrocosmos, una intuición genial y una imposibilidad real y circunstancial de solucionar independientemente el sentido de esa inmensa bóveda en inagotable agitación. Hay aquí un hallazgo asombroso: la comprensión de la interdependencia de la multiplicidad en una unidad.

El mito, al igual que todo producto de la cultura o la Naturaleza, evoluciona, y lo hace al través de la Lírica, la Física y la Historia jónicas, ampliando siempre sus horizontes, y cristaliza en tres creaciones auténticamente áticas, una de las cuales le renueva su importancia, la otra se la niega y la tercera le transforma en un medio. Me refiero a la Tragedia, la Historia Política y la Filosofía del gran Platón.

Los jonios, en razón de su peculiar y única constitución espiritual, desempeñarían el rol principal. La Historia, en sus orígenes, se alimenta en la epopeya y su actitud se concentra en una crítica intelectual del mito, en la desintegración racional de aquélla, dándose la mano con la Física natural milesia: ambas tuvieron una esencia común y quizá la primera, con Hecateo, sea el verdadero y primer contenido de la segunda. Sin embargo, es indudable que esta desintegración hubo de efectuarse en diversas condiciones. La inmediata, el alma jónica; el camino, la Lírica; el escenario global, el devenir histórico mismo: son los sucesos históricos los que determinan fundamentalmente el proceso de destrucción analítica y emotiva del mito, y su repercusión es incuestionable en la Lírica, Física e Historia, ubicándonos por ahora en los pueblos de Asia Menor y Sicilia. Podríamos citar a Anacreonte, Alceo, Safo, Simónides y Semónides, en la poesía; Heráclico,

Hecateo, Zenón, Demócrito, Pitágoras, Melisos, Empédocles, etc., en la Filosofía...

La poesía profundiza el alma humana como un mundo nuevo y, al relacionarla con el Tiempo, Destino, Muerte y Eternidad, se auna la filosofía con su investigación o pesquisa del Orden Permanente, Justicia, Moral y Política, presentando a la Historia una mezcla de tradición e innovación. Esta, en particular, niega al mito su carácter de principio secular, pero lo transforma en un material prosaico de estudio, como lo son la tierra, las genealogías y los países bárbaros y circundantes. Fué Hecateo. Tras él, y continuando la estela, surge inevitablemente la preocupación por el origen de los acaecimientos históricos: Heródoto habla, dentro de sus límites, de la lucha de Oriente y Occidente, del pecado, la Hybris o exceso y la expiación, visión de la historia que Tucídides rechaza en casi su totalidad.

Aquí se plantea claramente la diferencia esencial entre la antigua y la moderna historia. La primera es, en cierto modo, una posición apolínea, armónica, mesurada, si se quiere, de observar y justificar el devenir social; la segunda es el producto evidente de una política vivida y de una existencia cívica superior, además del predominio manifiesto de la razón...

El entarimado en que se explayó el pensamiento es admirable. Solón ya había hablado del orden social y encontrado, a su manera, los términos en que éste fluctuaba. Dió a la intimidad humana un papel decisivo: era poeta y tal vez estaba en la razón... Tales pedía la unidad helénica. Esquilo mostraba que en el mundo de los valores y en su alto e imperecedero destino, Grecia se unía eternamente. Las Guerras Médicas vuelven al mito todo su poder, y el trágico ático, heredero integral de la epopeya, le da la vestidura poética grandiosa de un Esquilo o un Sófocles, para ulteriormente esforzarse en vano la comedia de Aristófanes. Atenas desembocó en el siglo de la sofística y lo fueron Pericles, Eurípides, Alcibiades, Tucídides, Sócrates, y Platón, y tantos más que no nombramos...

Y así como Eurípides ponía en duda la totalidad de los valores morales, religiosos y sociales, exaltados por Esquilo y Sófocles, Tucídides rechazaba la vieja perspectiva histórica de Heródoto: "Yo no deseo contar historia agradable —da a entender más o menos— sino mostrar la verdad, para guía y estímulo de la posteridad". Eurípides se burlaba de Zeus y la constitución ateniense, y Aristófanes de Baco y Eurípides, ambos con la amargura de dos hombres geniales que ven aproximarse rápidamente la decadencia de la Grecia toda: Tucídides también vive la Guerra del Peloponeso como un descenso de la cultura, y capta aquellas lejanas Guerras Médicas como el primer eslabón del derrumbe helénico.

Ya que someramente esbozamos los antecedentes de Tucídides, aboquémonos a su concepción, porque en él se trata de una concepción...

El pensamiento y voluntad extraordinarios que Atenas pone en juego en la creación y organización de su imperio, logran en este autor su genial justificación. Su preocupación radica en la Guerra del Peloponeso y para ahondar en la masa ingente de los acontecimientos, le fué preciso alcanzar el conocimiento de la necesidad histórica que condujo a su patria de entonces a la gran crisis. El ático se caracterizaba por un empeño incansable, amor a la aventura, vigorosa energía para la concepción y realización de su planes, elástica agilidad, ductilidad capaz de adaptarse a cualquier medio, heroísmo al enfrentarse con el fracaso y una peculiar manera de hallar en éste el empuje vital para una más alta empresa. El triunfo sobre los Persas y la indolencia y altivez espartanas, determinaron su advenimiento como potencia; en seguida, la concentración de capitales, la flota, la hegemonía marítima y el prestigio, la hicieron llegar a una etapa que obligatoriamente

provocaría la envidia de Esparta y Corinto, la una no queriendo perder su dominio secular, la segunda defendiendo su comercio internacional. Estas son las causas de la guerra: poderío ateniense y envidia espartana. A consecuencia de lo expresado, los treinta años de hostilidades y paz constituyen una unidad cerrada, en la cual la guerra se desenvuelve manifiesta o subrepticamente hasta la destrucción de las murallas atenienses.

Para Tucídides la Historia posee leyes inmanentes y peculiares, invariables hasta el punto de dar al devenir histórico un carácter inmutable.

Vayamos nuevamente a Solón y hallaremos la base de lo que afirmamos. Solón concibe la idea de una íntima legalidad en la vida social, y dos filósofos naturales milesios, Tales y Anaximandro, empeñan el primer paso en el osado sendero del conocimiento de una ley permanente en el devenir eterno de la Naturaleza. Se trata del mismo impulso hacia una visión intuitiva de un orden inmanente en el curso de la Naturaleza y la vida humana. Solón presupone una relación legal de causa a efecto entre los fenómenos naturales y establece una legalidad paralela en los acontecimientos sociales. Solón es, en el fondo y en esto, uno de los inmediatos precursores de Tucídides, aunque éste no acepte completamente los puntos solonianos. Pero ya en la concepción de un orden permanente en la Naturaleza y la vida humana, se presenta el germen de lo que posteriormente Tucídides denominará: "la naturaleza humana como realidad constante".

Solón afirma, asimismo, que los ciudadanos, por avaricia y estupidez, quieren arruinar la ciudad; en Tucídides advertimos algo similar: transgresión de las leyes que rigen el ser, lo que causa efectos necesariamente adversos a la armonía de un Estado. Esquilo, también, había planteado el asunto en un campo más estrecho y más amplio a la vez: el problema de la Hybris en la Orestíada, Siete contra Tebas y Los Persas. En ellas el mundo se rige por los designios de Zeus y el Destino, el hombre no interviene en ellos y aun los desconoce, de manera que su pecado e infortunio son leyes inexorables... hasta que el juicio de Orestes proclama la redención: Prometeo lo predijo... El hombre se salvaría en el valor y heroísmo del genio y el Arte... Solón había dicho anteriormente, junto con los jonios, que siendo el destino ajeno a la voluntad humana, no era menos cierto que gran parte de la desgracia era provocada por ella. Tucídides concluye en aseverar que la transgresión de las leyes inmanentes al hombre, se determinan —nada tiene que ver en esto la voluntad— por el suceder histórico, manifestado en la progresiva evolución de un pueblo desde la situación inestable de una pequeña Polis, hasta la consecución de un capital centralizado, una fuerte economía y una poderosa organización estatal. Con lo cual, implícitamente, hace del acaecer histórico una regularidad intemporal, casi una identidad, en la que a determinadas causas corresponden determinados efectos, todo ello basamentado en un factor constante: la naturaleza humana.

Y llega Tucídides a conclusión semejante porque la historia del espíritu y vida griegas constituye una unidad orgánica, en la que ningún elemento es creación arbitraria y casual, sino que, por el contrario, cada expresión cultural o viviente encuentra su razón suficiente y su orientación en antecedentes determinados. De modo que Tucídides viene a significar una fase superada de la Física jónica y sofística posterior.

Podríamos decir que la intuición histórica sin la contribución fundamental de la política (en el caso único de nuestro autor) es ciega, y que la estructuración racional de la política sin la intuición histórica, es vacía. Entendemos por política el campo más extenso de una época, una cultura y un estado. Así, podemos considerar la historia de este genial ático como la progresiva racionalización de los fundamentos del devenir histórico, co-

mo medio de justificar solamente la Guerra del Peloponeso; y en Tucídides hay, en verdad, una exacta conexión con la Filosofía en el sentido de que desarrolla su método en forma de una graduada penetración desde los elementos externos o históricos, hasta abarcar la esfera íntima de las leyes que rigen el alma como principio inmutable.

Para aclarar sus puntos de vista, Tucídides usa un sistema de coordinación y relación muy eficaz, aunque no atenido a la realidad devenida. Siempre se ha puesto en dudas si gran parte de los discursos que en su obra se formulan, se pronunciaron; y al través del estudio global de sus libros, se ha puesto de relieve que, o no se dieron realmente, o no se dieron del todo. Jaeger —y también pienso en manera semejante— asegura que ellos desempeñaron una función hilvanante, un hilo conductor para la exposición sistemática de lo que, en el concepto del autor, movía en esencia todo este inmenso devenir social. El discurso en loor de los fallecidos el primer año de guerra, el diálogo entre melios y atenienses, el panegírico del corintio y el ateniense en el Senado de Esparta, y otros muchos, son, en su justa apreciación, instrumentos que Tucídides maneja con el fin de explicar su perspectiva, caminos para precisar lo que relativamente se dijo o se debió decir. Cuando esto es imposible, recurre a una valoración de los hechos de franco timbre personal: elogio de Pericles, revolución de Coreira, postulación de las leyes históricas.

Tucídides considera la Guerra del Peloponeso como la más grande e importante de cuantas habíanse desencadenado desde las épocas remotas y medianamente conocidas, no tanto por el número de combatientes, sino por los valores en pugna y por la total conflagración helénica y bárbara que acarrea. Con efecto, vemos actuar en ella no sólo todas las ciudades continentales e isleñas: entran en juego los bárbaros, bárbaros helenizados y la generalidad de las colonias. En la contienda se deciden y arriesgan una multiplicidad de estados, valores y la más bella y egregia cultura. Y, penosamente, se presienten sus postrimerías y últimos resplandores. Nos condolemos hondamente cuando se nos presenta, genialmente descritas, escenas de descomposición, desenfreno, ironía, ambición desatada y desmanes inconcebibles. Se percibe, ineluctablemente, el principio de un fin que es el fin de Atenas, la bella, agraciada y profundamente fecunda conquista espiritual. Y es digna y altamente heroica, con un heroísmo superior al de los héroes y guerreros y mártires, la actitud desprejuiciada e imparcial de un ateniense que viviendo la agonía de su suelo, aún puede elogiar a Esparta y narrar el desastre de Sicilia.

Detallar la pluralidad de aspectos de tan admirable autor es tarea larga y costosa, que se halla muy lejos de ser propiedad del que escribe. Yo me permito exponer ciertos puntos importantes y, al mismo tiempo, rendir mi tributo de gratitud a él y a su noble ciudad. Quiero terminar con aquella célebre e inapreciable frase de Pericles:

“Yo he creído siempre que era suficiente, para despedir a los hombres que se distinguieron por su valor, un acto de homenaje como éste que el Estado ha preparado y que estáis presenciando, y ejecutado en tal forma que la creencia de la multitud en el valor del honor, no dependiera de la habilidad o de la incompetencia del orador”.